SALVADOR SELLÉS

# JUDAS

POEMA

ALICANTE—1914

e Luis Esplá

14

54
215
85

11225

SALVADOR SELLÉS

# JUDAS

POEMA

ALICANTE—1914
Imp. de Viuda de Luis Esplá
BAILÉN, 14

A la Asociación

de la Prensa Alicantina

Por deber, por gratitud y por afecto

El Autor

PRIMERA PARTE

# LA CÓLERA DE JUDAS

¡Oh dramática noche! —La sombría
escena, sucedía
en huerto silencioso y solitario.
Allí Jesús se refugió vencido,
huyendo estremecido
la siniestra visión de su Calvario.

Ambulaba con pasos pensativos
entre negros olivos,
rocas y palmas que flotaban mudas,
cuando en los pliegues de su manto oculto
cruzó rápido bulto.
—Judas—dijo Jesús:—¿Dónde vas, Judas?—

Detúvose el fantasma sorprendido,
y volvióse al Ungido.
Era su faz tempestuösa nube,
y en su torva mirada de soslayo
encendióse aquel rayo
que chispea en el réprobo Querube.

—Judas—dijo Jesús sereno y frío
al espectro sombrío:
—¿Qué te hice yo para que así me vendas?
¿No fué con tus miserias ¡pobre humano!
benévola mi mano?
¿Qué te hice yo para que así me prendas?—

El siniestro discípulo callaba,
y el Maestro, que amaba
al traidor, prosiguió:—¿Tú también dudas?
¿También niegas mi célica doctrina?...
¿Mi persona divina?
—¡No la niego!—rugió de pronto Judas.

—Yo creo en tu poder; creo más que esos
que adormistes a besos
bajo los cedros de rumor profundo...
Esos que sellarán su fé cristiana
negándote mañana:
Yo creo que eres Dios e hiciste el mundo.

—¿Por qué, pues, me rechazas?—Por lo mismo!
respondió del abismo
el aborto infernal con voz de trueno.
—Porque eres un mal Dios y porque es triste
este mundo que hiciste;
¡que amasaste con lágrimas y cieno!

¿Qué es este valle de eternal sollozo?
Es negral calabozo
donde todas las almas gimen reas.
Es una mala acción; es el delito
de tu ser infinito;
¡es el crimen de un Dios: maldito seas!—

Cristo elevó con majestad su frente
ante el mónstruo rugiente.
Después miró al cenit que se nublaba.
Luego inclinó su rostro pensativo
hacia aquel cráter vivo,
vió al humano volcán, y dijo:—Acaba.

—Pues hiciste las rosas purpurinas,
¿para qué las espinas?
Si hay primavera, ¿para qué el invierno?
¿Para qué negra noche si hay aurora,
si hay un sol que nos dora?...
Pues creaste el Edén, ¿por qué el Infierno?

¿Y por qué en el festín que llaman vida
escancias sin medida
a unos labios los néctares, las mieles,
y a otros labios tan puros y tan bellos
¡y más dignos que aquellos!
los absintios, los tósigos, las hieles?...

¿Por qué el fuerte David sano y hermoso
y Simón el leproso?
¿Por qué el torpe Simuel que nada sabe,
y aquel gran Salomón, en cuya mano
del hermético arcano
de la inmensa Creación, fulge la llave?

¿Por qué el César gozando su dominio,
y al pié de su triclinio
de púrpura y marfil el Orbe esclavo,
y los parias con lágrimas por bienes,
taladradas las sienes
de feroz servidumbre por el clavo!

Canta las excelencias de tu mundo:
de este caos profundo
donde impera el Azar, ciego monstruoso.
Yo maldigo esta sima de negruras,
donde flotan a obscuras
todas las cosas del Infierno odioso.—

Así gritó: callóse, y al momento
siguió con sordo acento
do pugnaban orgullos con rubores...
Y a lo lejos sus cláusulas seguía
como un arpa sombría,
el torrente Cedrón con sus rumores.

—¡Ay de mí! Tú eres bello cual aurora.
Yo soy noche traidora.
Las mujeres te brindan sus hechizos.
Ungen tus pies con el ungüento sardo
de fragancia de nardo
y los enjugan con sus blondos rizos.

Ellas te visten de pasión rendidas,
las túnicas teñidas
en la sangre del múrice de Tiro,
y cantan a tus pies, pulsando el oro
de su kínnor sonoro,
la canción del amor y del suspiro.

¡Ay! a mí me rechaza Cidlia bella
por Sémido que es de ella,
mientras yo me retuerzo y me destrozo...
¿Y por qué estos anillos de serpientes
y estas garras y dientes
de tigre sobre mí?... ¿Por qué el sollozo?...—

Con la crespa cabeza entre las manos
hechas garfios humanos;
con gemir que encorvándose sofoca,
era un hervor de subterránea lava,
o de mar que socava
y estremece el cimiento de una roca.

Cristo lloró: su lágrima divina
despidió luz perlina
y apagóse en su seno tembladora.
¿Cómo serás ¡oh sufrimiento humano!
que hasta el Ser soberano,
hasta el Dios que te ve, se turba y llora!

Ante el manso Jesús, la airada fiera
se agitaba doquiera
vomitando la cólera, el sarcasmo,
la brutal é insultante carcajada...
Y la Noche sagrada
escuchaba en redor con mudo pasmo.

¡Montañas de Moab Gilead y Moria!
¡Oh silencio sin gloria!...
¡Murallas de Salem! ¡Sagrado valle
del Jordán! ¡Venerandas Catacumbas!
¡Oh proféticas tumbas!...
¿Es posible que todo escuche y calle?...

Judas siguió con inflexión sombría
la infernal letanía
del mortal contra Dios, autor del duelo,
y se oyeron allí con roncos gritos
como el mar infinitos,
los eternos *porqués* del mundo al Cielo.

—¿Por qué las mil y mil tribulaciones
cual densos nubarrones?
¿Por qué la enfermedad? ¿Por qué la muerte?
¿Por qué parte fugaz cada segundo
un féretro del mundo
y por qué no saber cuál es su suerte?

¿Por qué el supremo adiós entre congojas?
¡Ay! ¿por qué nos despojas
de aquello que costó morir de llanto,
y conviertes en polvo, en la negrura
de hedionda sepultura,
lo que fué luz y amor, vida y encanto?

Manda al viejo sin fuerzas a la muerte,
¡mas al joven y al fuerte!
¡mas al niño Benoni dulce y bello!...
¡Que el rizo de oro o de ébano se muera!..
¡oh crueldad que no espera
a que nieve la edad sobre el cabello!...

¿Para qué nacen los que mueren niños?
¿Para qué los cariños
que en nosotros satánico despiertas?
¿Para qué tantas bocas maternales
como dulces panales
si han de besar las cabecitas muertas?

¡Y después esa Guerra!... Ven y escucha
allá abajo esa lucha
donde todos se chocan y se hieren.
Ven y contempla ese furor que estalla
y en cuya árdua batalla
todos pasan matando y todos mueren.

Ve girar el turbión de los humanos
levantando las manos
hacia tí mientras ruedan al abismo,
y ve en fin tras de mil eternidades
sin que tú te apiädes,
siempre el mismo matar y el morir mismo.

¡Y tú fuiste el creador del Mal funesto!
¡Tú el autor de todo esto!
¡Tú el hacedor del orbe que maldigo,
y ahora yo me levanto soberano
vengador del humano,
y prorrumpo a tu faz: «¿maldad? ¡castigo!»

¡Hombres: Dios ha dejado el Infinito!
¡Está aquí donde grito!
¡Hoy es hombre de frágil existencia!
¡Hoy es vaso mortal que brota al paso!
¡Hoy estrello su vaso!
¡Hoy derramo frenético su esencia!—

Y elevando sus puños de gigante,
avanzó como Atlante
pronto a lanzar un mundo en el vacío;
mas al llegar ante el Señor sereno,
exclamó como trueno
en la altura una voz:—¡Atomo impío!—

Estalló el Hombre-Dios en resplandores
de Tabor cegadores,
ardió el mundo en incendio repentino,
y ante el fulmíneo deslumbrante explayo
de Jesús hecho rayo,
el sacrílego vil a tierra vino.

SEGUNDA PARTE

# EL SUEÑO DE JUDAS

Cristo plegó sus rayos vibradores,
sus divinos fulgores
—de su incógnito ser ocultas galas—
como si fuese un águila de lumbre
que en altísima cumbre
replegase flamígeras sus alas.

Un pálido esplendor, como aureola
que indecisa tremola,
le quedó nada más al Dios presente,
cuyo claro semblante parecía
reflejar todavía
el puro nácar de la luna ausente.

Grandes bucles por uno y otro lado
de su rostro ovalado
descendían al pecho que temblaba,
y su barba partida y puntiaguda,
cual rizada, menuda
y finísima espuma, palpitaba.

Vedle allí sobre el monte y el barranco
del Cedrón, como blanco
y difuso fantasma en noche umbría,
contemplando a sus pies el negro bulto
del vencido, que oculto
y revuelto en su clámide, dormía.

—Así duermen los hombres en el suelo
sin mirar nunca al Cielo.—
Dijo el ser descendido de la altura.
—Así viven sumidos en el duelo,
sin el férvido anhelo
de una aletada hacia la gran ventura.

Así yace letárgico el humano
infusorio en su grano
que arrebata el simún más iracundo,
sin saber que es un átomo perdido
en desierto inmedido,
esa arenilla que supone un mundo.

Mísera humanidad la de esta tierra;
la que torpe se encierra
en ese sueño tenebroso y triste,
ignorando el origen y el destino
de este globo mezquino
donde por prueba o expiación existe.

Mísera humanidad y dura raza
cuyo orgullo rechaza
lo que enseñan sus sabios más profundos,
cuando dicen en noches esplendentes
enfocando las lentes:
«Hay infinitos y mejores mundos.»

Esto repiten con tenaz empeño
a distancias de ensueño,
vibradoras y nítidas centellas...
¡Esto chillan con mudas claridades
desde eternas edades
esas bocas de plata: las estrellas!

Esto dijeron de los grandes astros
los antiguos Zoroastros.
Esto te digo ¡oh mundo que me escuchas!
cuando exclamo en parábolas veladas
hablando de moradas:
«En la alta Casa de mi Padre hay muchas.»

Esto dirán en siglos venideros
telescopios certeros;
esto «Flamma de Orión» que lo evidencia;
esto al ver las celestes maravillas
gritarán de rodillas
la Razón con la Lógica y la Ciencia.

¡Apresurad la aparición futura,
oh genios de luz pura,
los que dormís en el profundo caos!
¡Képler, Newton, Copérnicos sublimes,
Galileo que gimes
diciendo «*e pur si muove*»... Levantaos!

Entre tanto tú duermes, pobre Judas
el de trágicas dudas;
entre tanto en la sombra te embruteces,
y eres vil y traidor... ¡pero no importa!
que una vida es muy corta
y hay que morir y renacer mil veces.

De centurias pasadas volvió Elías,
y es Juan en nuestros días.
Hay que ser muchos seres y uno mismo.
Para entrar en el Reino de los Cielos,
todos rompen sus velos
y reciben cien veces el bautismo.

Ante el ser de infinitos avatares,
infinitos lugares.
¿Cuándo, mundo dormido, verás eso?
¡Judas, nuevo Jacob, ve por escalas
de soles bullir alas...
Todas van á la luz, van al progreso.

¡Redención para todos! para el triste
Satanás que resiste
y rompe en una lágrima expiatoria.
Padecer, esperar, ser mártir, ángel...
¡Del dragón al arcángel!
¡Desde el fuego a la luz radiando gloria!

Una chispa de Dios arde en el seno
del malvado y del bueno.
Dios palpita en el hombre y en el bruto.
Desarrollad de ese divino germen
las potencias que duermen
y surja el hombre-dios: ese es el fruto.

Dios no os hizo perfectos, para daros
ocasión de elevaros
por los propios esfuerzos del abismo.
Conquistad infinitas perfecciones,
¡y a sublimes regiones!
¡¡No debáis el ser dioses ni a Dios mismo!!

¡Sed auxiliares del Creador un día!
¡Trazad órbita y vía
a sus grandes esferas de luz bellas,
e impulsando a los soles, saltad luego
a esos carros de fuego
como Henoc al lanzarse a las estrellas!

¡Oh Judas de Iscariot! ¡oh ruín insecto
tenebroso y abyecto!
¡Ya a mis ojos proféticos fulguras!
Combate, avanza, sube... aunque tropieces,
¡aunque caigas mil veces,
tú abrirás alas de oro en las alturas!

¡Judas... Judas!... letárgico durmiente,
despiértate vidente
y ocupa ese balcón del Infinito!
Vas a ver el inmenso panorama
que Universo se llama
extenderse y pasar por mí bendito.—

Judas surgió al acento que le evoca:
sobre banco de roca
desplomóse sonámbulo obediente,
y en espacio que abrióse repentino
vió el poema divino
de la inmensa Creación hervir enfrente.

Ya la extensión sin límites del cielo
resplandece sin velo.
¿Quién dirá su riquísimo tesoro?
Ya es un manto de luz, de pedrería,
de blanca argentería
do chispean sin cuento soles de oro.

Ya avanzan en espléndidas oleadas,
en mares derramadas,
desde todo confín que bulle en fuego,
esos soles moléculas que crecen,
se agigantan, decrecen,
pasan, huyen, se abisman y otros luego.

Y otros vienen radiando mil colores;
son magníficas flores
del jardín sideral que el éter cría.
Son rubís, esmeraldas y zafiros,
que en sus rápidos giros
sobre mundos sin luz hacen el día.

Ya se ven otros cielos tras los cielos,
y otros giros y vuelos,
y otros conos de sombra y claridades,
y en legiones y golfos de universos
por el éter dispersos
un inmenso bullir de humanidades.

Y al pasar en gigantes remolinos
esos mundos divinos,
paraísos sin número y sin nombre,
«éstas son—van diciendo sus florestas—
las sublimes respuestas
dadas por Dios a los *porqués* del hombre.»

Mas pasó la visión, la tromba de oro,
la Creación con su coro,
la tormenta de luz que refulgía,
y cayó lentamente sobre el mundo
como un velo profundo,
una lóbrega tarde, triste y fría.

Y vió Judas un cárdeno horizonte,
y un negrísimo monte
sobre el cual levantábanse tres cruces
y en las cruces tres reos enclavados,
y tres rostros bañados
de unos lívidos rayos por las luces.

Y vió una multitud; y oyó tumultos
que sonaban a insultos
con escarnios, salivas y resuellos,
y escuchó blanda voz que provenía
de una cruz, y decía:
«¡Perdónalos, Señor!... ¿qué saben ellos?»

Judas sobresaltado se levanta
de la roca, adelanta
hacia el borde del monte por el huerto;
marcha a traspiés y trastornado todo
como un trémulo beodo,
se arrodilla más pálido que un muerto,

Y tendiendo demente la turbada
y atónita mirada
hasta el mártir lejano que moría,
con atroz conmoción de pena y gozo
exclamó en un sollozo:
—¡Perdóname, Señor!... *¡Yo no sabía.*

¡Por mí mueres, Jesús!... ¡Oh mártir fuerte!
¡¡Mátame con tu muerte!!...—
Cristo le perdonó de una mirada.
Recibióla el traidor estremecido,
lanzó ronco gemido
y cayó desplomándose en la nada.

FIN